

za." El poeta compara á su heroina con un pobre cautivo encerrado desde la niñez en un obscuro calabozo, por cuya angosta claraboya, de negra reja, sólo se puede ver un pedazo de firmamento y en éste una estrella nada más. La madre de Juana, viuda, enferma y ciega, vive con ella en un lejano barrio, entre el Pantheon y el Jardín de Plantas. Juana es pobre y fea. Su única distracción consiste en cultivar unas cuantas flores. Una tarde, mientras regaba y podaba las plantas de sus tientos, vió en la casa de enfrente un joven de figura simpática. Era un poeta desconocido que vivía en la pobreza, entregado á sus lecturas y á sus versos, comiendo pan seco y bebiendo agua pura. Juana se enamora de él; pero el poeta ni siquiera fija su mirada en ella. La pobre muchacha quisiera ser hermosa para cautivarle; pero el espejo, el cruel espejo, le decía con su muda elocuencia: tú eres fea. Y Juana pasaba las noches contemplando en las cortinas de la ventana de enfrente, la sombra del poeta inclinado sobre el papel y sobre el libro. Y á la luz de la luna, brillaban las lágrimas en sus pupilas.

Pasa el tiempo. La celebridad, la riqueza, los honores, llegan para aquel soñador desconocido. Publica un libro; los periódicos hablan de él, y Juana lee con ansiedad aquellos artículos y sigue de lejos la carrera gloriosa de su amado; como la pobre mendiga que desde el portal de alguna casa mira pasar el séquito lujoso de una boda. Un día, sin embargo, Juana y el poeta se encuentran. El camina distraído, buscando acaso rimas sonoras ó ideas nuevas. Ella sentada con la anciana madre en una banca del Jardín de Plantas, cose, mientras la niña á quien asiste y cuida, travesea en el jardín. La chiquilla deja caer el juguete que lleva en las manos: el poeta lo ve, se inclina para recogerlo y se dirige al

banco donde está Juana. ¡Oh, fortuna! ¡Va á verla por primera vez, á comprenderla, á amarla acaso! Pero la niña se interpone, el joven la mira, la levanta en brazos, le devuelve su juguete, la besa en la frente y sigue pensativo su camino. Juana siente que sus pupilas se llenan de lágrimas, corre al encuentro de la niña, la oprime contra su pecho, y pegando los labios á su frente, con un ronco sollozo de tortolilla, recoge aquel beso que no fué para ella. "Y ese beso fué toda la novela de Juana."

Et ce baiser ce fut tout le roman de Jeanne!

No puede darse nada más sencillo; y sin embargo, esa triste narración comprime el alma. Aquella fea es muy bella. Quisiéramos que una buena hada la convirtiera en gentilísima princesa; hacer de ella una nueva Cendrillon, y decir á ese soñador que camina contemplando los astros: baja la vista, mira esta violeta.

La idea de este poema es muy semejante á la que inspiró á Campoamor "Los amores de Juana." La Juana del poeta español se enamora del rey á quien mira pasar á caballo, vestido de gala, en una gran parada militar. No es atrevido inducir que el "pequeño poema" de Campoamor, inspiró á Coppée el suyo. Hasta el nombre de la protagonista es el mismo. Ambos poetas no hicieron más que expresar en formas nuevas, cierto cuento de Bocaccio, cuyo título no recuerdo en este instante, y en el que la heroina se enamora de un hermoso y joven soberano. Pero en el cuento de Bocaccio el rey, atraído al fin por tanto amor, acude al lecho en donde está su moribunda enamorada y la consuela. El poema de Bocaccio termina con un rayo de sol: el de Coppée con una queja que nadie oye.

La forma poética del autor francés es muy superior á la de Campoamor. Este busca la sencillez, los detalles y pormenores estrictamente reales, pero repetidas veces, por correr tras una frase pintoresca, por ir en pos de un dicho agudo, por su afición á discreteos é ingeniosidades, deja á la verdad. A través de sus personajes se le mira á él. En su estilo hay recuerdos del humorista Alfonso Karr. Sus obras no están formadas de una sola pieza: son mosaicos brillantísimos.

Coppée se oculta entre bastidores, mientras sus personajes hablan y se mueren. Juana es Juana, casi no conoce al autor de su novela, como el poeta del poema no la conoce á ella. La Juana de Campoamor es muy amiga de él, sabe algunas frases de Víctor Hugo, otras de Heine, no tiene realidad humana: es la idea del amor sin esperanza. El poeta se toma el trabajo de explicarla; la anota, por decirlo así, como cuando nos dice primorosamente:

*La mujer como el ave se enamora
De todo lo que brilla y hace ruido.*

La pobrecita enamorada que presenta Coppée, no necesita comentario al margen. Nos abre su casa y su corazón. La vemos y nos fuerza á compadecerla y á llorar.

“La novela de Juana” es tan triste como amar y tan sencilla como morir.

* * *

A la tumba de los poetas admirados, de los artistas excelsos, lleva siempre flores alguna Juana pálida, cuyo nombre está, como las estrellas, en la sombra.

EL DUQUE JOB.

EN HONOR DE CARPIO.

Debo, ante todo, hacer una confesión franca y leal: cuando recibí el nombramiento con que la Prensa Asociada se ha dignado honrarme, mi primer propósito fué releer las poesías de Carpio—y digo Carpio, al parecer irrespetuosamente, porque este nombre ilustre, y más amado todavía que ilustre, lleva imbibido el propio señorio—mi primer propósito, repito, fué trasmontar en mi vida, volver con el recuerdo á la cima de que se desprendió el caudal de mis años, y allí, próximo á lo azul, en la nieve intacta iluminada por la luz del alba, volver á oír los cantos del poeta cuya fe ha sido tan caritativa para las almas sedientas de esperanza. Temblaron mis manos al acercarse al libro, y no sé si ellas, por tímidas, no se atrevieron á tocarlo, ó si las páginas de éste, como encogiéndose, las rechazaron.

Después de todo, ¿para qué releer aquellos versos? La crítica literaria no está invitada á esta solemne ceremonia; la crítica ha vivido tanto y sufrido tan duros desengaños que ama tardía y penosamente; la crítica es la que llega con el escalpelo frío y penetrante á hacer la disección de un cadáver, y aquí, señores, no hay ningún cadáver, aquí no venimos á llorar en el aniversario de un fallecimiento, sino á cantar la aurora de una hermosa vida. Tiene algo de filial esta conmemoración, y los hijos nunca aquilatan—ni discuten mucho menos—las virtudes y las excelencias de sus padres.

Los hombres que pertenecen á mi generación, pue-

den decir que casi no han leído las poesías de Carpio; que las oyeron nada más, ¡y de qué labios! de los que brota siempre la verdad, de los que besan con mayor ternura, de los labios ya pálidos, ó inmóviles ya, de nuestras madres. ¿Cómo han de morir estos versos? Morirán acaso cuando muramos nosotros, porque ya no sabemos decirlos como nuestros padres los decían; perecerán tal vez, no por defecto de virtud intrínseca, sino por triste ausencia de los que fueron sus apóstoles; se irán descorazonados y dolientes porque ya haya cambiado el idioma que hablaron ellos á la generación más amada por nosotros; pero en los que vivimos todavía no podrán morir sino con todo lo inmortal que atesoramos, con el recuerdo de cuando tuvimos padres, con la memoria de cuando fuimos buenos.

Por eso el libro de Carpio inspira hondo respeto é intenso cariño; por eso sus páginas nos parecen muy blancas, con blancura de canas venerables, y no osamos tocarlas, temerosos de tener maculadas las manos; por eso no decimos, no podemos decir con imparcialidad que fué egregio poeta, porque es de nuestra casa, porque es de nuestra familia, porque fué amado y venerado por los nuestros.

¿Qué mayor gloria que la de haberse mezclado así, íntima y honradamente, á la vida de dos ó tres, ó acaso más generaciones? Ha habido después grandes poetas seductores; pero poeta más y más noblemente amado por la mujer virtuosa, no ha habido ningún otro; poeta que como Carpio haya sabido bellamente presentar la religión en su forma de amor, de mansedumbre y sacrificio; poeta cristiano, en la alteza de este vocablo, como él fué; poeta que no involucre la religión y la política; que no arda en ira pagana contra los adversarios de su

credo; que no pida el martirio para sus enemigos, como por un atavismo de desquite; y que no templé sus armas en las hogueras inquisitoriales; poeta, en suma, verdaderamente cristiano y verdaderamente poeta de corazón, ninguno ha habido, después del hombre insigne que cantó á Jesús en el camino del Calvario y que nunca hizo cantos á Jesús en el camino del Tabor. El nunca prostituyó la religión ni la poesía: amó á las dos como á la madre y á la esposa.

Tuvo, además, distinto y excelso merecimiento: fué bueno. A muchos grandes hay que perdonarles mucho, así como se le perdona el alud y el ventisquero á la montaña alpina. La hermosura de esas inteligencias próceres es la divina defensora que obtiene la absolución de muchos vicios. Pero en Carpio nada tenemos que perdonar. Su vida fué más correcta y hasta más llena de amor que su poesía; y precisamente porque esa vida fué buena, son los versos de Carpio tan amados. Hay una santidad de sentimiento que se transparenta y que, sin pedirlo, exige incienso en las estrofas del poeta; pasa un ángel por ellas como por la ceguera de Tobías.

De cierto que en ese hogar no entraron nunca más dolores que aquellos ineludibles y forzosos huéspedes de todos los hogares, pero en su umbral, la Virtud estaba de rodillas y el Dolor malo, al verla, se alejaba.

Se quiere á Carpio porque fué muy bueno; porque supo hacerse amar de todos los buenos que son nuestros y de los buenos que fueron nuestros cuando Dios quería. Bella es su vida y por eso es tan bella su poesía. No tendrá la hermosura atrayente y tentadora de otras nuevas ó antiguas; pero tiene el hechizo inmenso de la sinceridad y de la sencillez; la fuerza superior á

todas, superior á la hermosura, superior al talento, superior al genio, la fuerza irresistible de la simpatía.

Cuenta Renán que en épocas remotas, según decir de una leyenda bretona, existió cierta ciudad de Is á la que el mar cubrió. Los pescadores señalan cuál era el sitio que ella ocupaba antaño y en los días de borrasca creen ver, traspasando las crestas de las olas, las flechas de las torres; y en los días de calma escuchan el alegre clamoreo de las campanas. — “Paréceme—dice Renán—que en el fondo del alma llevo una ciudad de Is cuyas campanas repican todavía, obstinadas en llamar á los divinos oficios á los fieles que ya no oyen. Deténgome á las veces para dar oído á esas tenues vibraciones que parecen salir de profundidades infinitas, á manera de voces que vienen de otro mundo.”

En esa atlántida desaparecida, en esos templos cuyas cúpulas y torres cubre el mar, pero cuyas campanas pueden aún hacer que llegue su repique ó su doble á nuestro oído, en ese país de lo que se hundió y vive todavía, está la iglesia en que muchos rinden culto á Carpio. Pero esa iglesia es sagrada para ellos porque en su cripta yacen los restos de aquellos á quienes más amaron, y en sus ojivas cantan todavía las almas de las ilusiones que murieron. Para otros, el nombre de Carpio es como la bandera, acribillada por las balas, de un glorioso ejército, cuyos soldados propugnantes ya no existen, y que realizó memorables conquistas para la humanidad. Para algunos, ese nombre simboliza un cariño, y de los más vivos; de los que están en el recuerdo. Para todos tiene la magia mayor; la que se llama bondad.

¡Feliz el poeta en el umbral de cuya poesía podemos exclamar como Fausto: ¡Salve morada de la pureza! Feliz el poeta, rico en fe y pródigo en dar esperanzas

á las almas hambrientas! ¡Feliz el que pudo unir su nombre á los que más respetamos y queremos más! Porque su poesía tuvo lágrimas, él, en la inmortalidad, tiene corona de diamantes; porque nos presentó á la esperanza arrodillada y viendo al cielo, hay más fe en el culto que le tributamos; porque supo infundir amor en cuantos leen sus versos, no hay quien ose examinarlos!

¡Bendito tú, ¡oh poeta! que creíste y supiste hacer creer! tú, que si por desdicha no hubieras creído, habrías tremolado á pesar de ello la “bandera del bien sin esperanza;” tú que no sólo fuiste un gran poeta, sino un gran ejemplo!

Quede en tu altar la corona de las generaciones que no te conocieron y que te aman con filial cariño.

La prensa liberal de México que sabe olvidar mucho y perdonar más todavía, no desconoce, por rencor, el mérito, ensalza la honradez y ama el talento.

Honrad, señores, al insigne poeta de la Fe.

M. GUTIÉRREZ NÁJERA.

DON CÉSAR DE BAZÁN.

México—Agosto 19—XCIII.

Me encantan, para leídas, sus hazañosas fechorías ó vistas en escénicos enredos, esos tipos de caballero trapalón, como el Don César de Bazán, diestros en la esgrima del estoque, hábiles en el manejo de la daga, tan descastados y blasfemos en la riña, como supersticiosos y reverentes en la iglesia; sueltos de lengua y predilec-

tos de la franca risotada, inseparable compañera de sus aventuras; me encantan esos príncipes tunantes, cuando á la luz del fogón limpian su tizona ó abrazan á la hostelera frescachona; ya en el alcázar, ya en la truhanería, ora jugando en la taberna los escudos hurtados, ora acuchillando al doncel su rival, frente á un rotablo; son los tipos de una nobleza montaraz selvática, sin más pulimento que el dado por piedra áspera á gruesa jabalina, sin más ley que la propia voluntad, sin más peculiar que el ajeno, sin más Dios que el buenazo y complaciente para quien la virtud suprema es la bravura; son los tipos de esa lechigada de héroes bandoleros que aventaron la morisca y cocieron judíos y judaizantes; los que siempre arrogantes, aunque anduvieran haraposos, siempre bizarros, siempre temerarios, peleaban por ganarse el privilegio de pecar á mansalva mientras vivos. Los caballeros andantes eran de otra índole; su guapeza y su arrojo, sin afeminarles, exhala vago *odor di fémina*.

Es el valor escrito con letras de oro en las márgenes de un misal gótico. Han pasado esos paladines por la tibia atmósfera de Italia, formada de moléculas azules y de átomos color de naranja; han oído á los trovadores provenzales; han saltado á la arena de la justa; visten telas deslumbrantes; son garridos, apuestos, ágiles y fuertes, no jayanes. Rendidos amadores, les da color la dama que adoran idealmente, la señora de sus pensamientos, el hada que, incorpórea, les visita por las noches. Rematan aventuras peligrosas, se intrincan en laberínticos empeños, consuman proezas increíbles; mas nunca por manera brutal, violenta, á palos ni á puñadas, sino con arte y elegancia, valiéndose del ardid ó el sortilegio, hiriendo por delante al adversario, y enco-

mendándose antes á la Virgen. Norma sus actos una moral caballeresca, distinta de la moral religiosa, pero empapada en lo que ahora llaman altruismo, porque su origen es la caridad en su más amplia y noble forma, en la de amor.

Muy al revés, los espadachines y pendencieros de que hablé al principio, proceden persiguiendo un egoísta fin, mediado apenas por el instinto que les hace mayores de la tradicional herencia de una estirpe y capitanes de su rey, en cuanto éste representa el tronco de la raza. Fuera de su tierra ó rebelados contra el soberano, pertenecen á cualquiera, al que les paga, siempre que no sea moro, porque el moro es perro, ni tampoco judío, porque el judío es culebra.

Subsiste, empero, en esos grandes jayanes, un concepto en bruto del honor. Este es en ellos como ídolo guardado en la obscuridad de una caverna. Ese honor no es hijo de nadie; por eso Cid Rodrigo abofetea á su padre. Ese honor necesita vivir: por eso roba, saquea y mata. El honor no trabaja. Pero no le digais que suplante un nombre, que reniegue de su prosapia en él nacida y acumulada, que engañe á una dama de su propia alcurnia. Ese honor, que es gemelo del nombre, no lo hará. El pillaje no deshonra, la cuchillada no deshonra: lo que deshonra es la avaricia, la mentira y la falacia. Quédense ellas para los andantes degenerados y ya no caballeros, para el pícaro Guzmán de Alfaráche, para Gil Blas y para Ginesillo. Don César de Bazán el camorrista, el matón, el salteador, es un cumplido y noble caballero. Don César, es Don César de Bazán.

El lacayo Ruy Blas, le usurpa el nombre. Por eso mismo, porque es lacayo. El Don César, mendigo á veces y otras bandolero, no robará el amor de una mujer.